EL FONDO ESPISTOLAR DEL ARCHIVO «VÍCTOR BALAGUER»

ENRIQUE MIRALLES
Universidad de Barcelona

En la localidad barcelonesa de Vilanova i la Geltrú se alza un monumental edificio, de estilo egipcio, mandado construir por Víctor Balaguer para dejar en él depositado su patrimonio artístico personal, con vistas a perpetuar su memoria.[1] Este generoso legado, de incalculable valor artístico, cultural y político, se vio acrecentado en vida de su fundador con donaciones de ilustres amigos, pero desde la muerte del prócer, en 1901, la Biblioteca-Museo apenas ha logrado enriquecer sus fondos. Entre estos se encuentra toda la correspondencia, nutridísima, que su poseedor tuvo a bien preservar a lo largo de su existencia. Mi propósito, en la presente comunicación, intenta ofrecer un breve adelanto, en forma de balance, del repertorio de cartas enviadas por los escritores y críticos que mantuvieron relación epistolar con el entonces celebrado político y escritor catalán. En fecha no muy lejana espero poder dar a luz tales documentos inéditos, muy desiguales en su valor, pero en todo caso estimables en su conjunto para cualquier persona interesada en el acontecer literario del pasado siglo.

1. La ceremonia inaugural del edificio tuvo lugar el 26 de octubre de 1884 (*vid.* la reseña de C. [¿Manuel Creus Esther?] en el *Boletín de la Biblioteca-Museo Balaguer*, año I, núm. 2, 26 de noviembre de 1884, pp. 1-4). Víctor Balaguer hizo públicos los móviles de su Fundación en «Fundación de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú. Carta a un amigo [D. Ramón Estruch y Ferrer]» del 30 de agosto de 1883 (*cf. Discursos académicos y Memorias literarias*, t. VII de las *OC*, Madrid, Tello, 1885, pp. 301-308) y en el discurso de inauguración («Discurso pronunciado al inaugurarse la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, *ibid.*, pp. 309-314).

Para un conocimiento más detallado de este Museo-Biblioteca, en su primer momento, *vid.* Enrique PUIG, «Historia de la fundación y descripción del edificio», en *Boletín de la Biblioteca-Museo Balaguer*, Año I, núm. 1, del 26 de octubre de 1884, pp. 1-3, y Francesc GRAS I ELIES, *Villanueva y Geltrú y su instituto Balaguer (Recuerdos de un viaje)*, Madrid, R. Anglés, 1895.

El *corpus* escogido abarca, salvo excepciones, desde 1868 a 1900, o sea, el último tercio del siglo, si bien el mayor número de testimonios a los que he tenido acceso, por estar ya catalogados, se concentran en las dos últimas décadas. Faltan por ordenar y catalogar todavía muchas más cajas de papeles, que cubren las lagunas de los años precedentes, en una paciente espera no reprochable a sus actuales depositarios, sino a la carencia de medios económicos suficientes para llevar a cabo este preciado cometido. Por otra parte, he desestimado la consulta de los textos correspondientes a un período anterior, el que discurre entre 1842 y 1868, porque sus índices ya han hecho públicos por Montserrat Comas, directora del archivo en la fecha de hoy.[2]

El total de la compilación estudiada supera las once mil cartas, pero sólo una décima parte de ellas posee un interés histórico-literario, pues el resto del conjunto contiene una información de otros órdenes, desde el político hasta el doméstico. Y aun ese reducido porcentaje, de más del millar y medio de epístolas, únicamente unos dos centenares de ellas conservan cierto valor en la calidad de los datos, bien sea por la importancia de los corresponsales o por las noticias que de por sí ofrecen en torno al panorama literario de aquel entonces. Con todo, y para no pecar de exigentes, habrá que decir que el corpus en bloque bien merece ser conocido en cuanto representa un amplio fresco socioliterario de la época, al hacer acopio de una multitud de incidencias varias en relación con la vida del destinatario, de los remitentes o incluso de terceras personas, dispersas por todo el territorio nacional.

La lista de nombres que componen el material seleccionado suma un total de 217 personas, entre las que figuran, salvo excepciones justificadas, un elenco de críticos y un abultado grupo de escritores, tanto de primera como de segunda fila. No pudiendo, por razones obvias, referirme a cada uno de ellos, me limitaré a prestar más atención a los de mayor renombre, considerando al resto en su globalidad. Empezaré por este grupo de menor entidad.

Las noticias que salen a relucir en sus cartas, al margen de referencias formularias dirigidas al interlocutor, permanecen por lo general a un anecdotario biográfico de escaso relieve; son muy contadas las ocasiones en que tropezamos con otros datos, de superior valor, dignos de consignarse en los anales literarios. En el reducto personal se suceden interminablemente las peticiones de recomendación para el propio interesado, cualquier amigo o pariente suyo, en los términos habituales, más o menos diplomáticos. La notabilidad social, económica y política de Balaguer se prestaba a tales reclamos, desde las altas hasta las más bajas instancias, pues de todos es bien sabido que la solicitud de recomendaciones constituía uno de los males endémicos de la sociedad de entonces, y de la de hoy, me atrevería a apostillar. Este fenómeno apenas suscitaría un interés pa-

2. M. COMAS, *Epistolari de Víctor Balaguer, Aproximació a un catàleg (1842-1868)*, Vilanova i la Geltrú, biblioteca-Museo Balaguer, 1986.

ra el investigador, si no fuera porque nuestra clase literaria también se veía aquejada de este vicio, o necesidad, y sus peticiones resaltan a veces por su dramatismo o por el estilo en que se envuelven. Citaré algunos de los ejemplos más llamativos.

El comediógrafo y novelista Eusebio Blasco le pide a su corresponsal una recomendación para lograr el premio a su comedia *¡Pobres hijos!*,[3] pues los diez mil reales del galardón, señala, «me servirían para curarme de la enfermedad nerviosa que he contraído este invierno, y ya sabe Vd. que soy pobre y ahora que estoy malo no puedo trabajar y tengo que reponerme y con eso se me haría un favor enorme» (28-3-1900). Un modesto y desconocido escritor, Eusebio Cort, le ruega, por su parte, que interceda a favor de la representación de un drama histórico que ha compuesto,[4] a fin de salir de apuros ante la apremiante situación en que se encuentra, por haberse gastado todos sus ahorros y estar «aislado por completo hasta el extremo de no haber comido hace dos días» (s. f., [julio, 1884?]).

Casos así de lamentables saltan con una frecuencia alarmante, siendo exponentes de la condición económica y del talante humano de un amplio sector cultural del país. Entre todos, quizá los testimonios más sobrecogedores sean los de los hermanos Sawa, autores de sendas cartas, una de finales de 1891 y la otra de principios de 1892. En la primera, Alejandro relata a su destinatario su partida de París, abandonando «todas esas cosas que son vida de mi vida, y carne de mi carne, mi familia, mis libros, mi hogar —¡todo!— ¡hasta mi porvenir!»,[5] y

3. Al final de una vida prolífica en creaciones dramáticas y de intensa labor periodística, reunidas en los 27 tomos de sus *Obras completas* (Madrid, 1903-1906). (*Cf.* [R. Lacudena Brualla] Marqués de la Cadena, *Eusebio Blasco, periodista. Boceto para una biografía*, Zaragoza, 1932). *¡Pobres hijos!*, comedia en 5 actos en prosa, fue estrenada en el Teatro de la Comedia de Madrid el 9 de enero de 1900 (ed. Madrid, Impr. R. Velasco, 1900).

4. Debió de ser la única intentona de este escritor en ciernes, que ha pasado al olvido, a pesar de autogalardonarse con estas palabras, en la misma carta: «Mi nombre debe serle a V. conocido porque ha aparecido firmando trabajos literarios en los periódicos millares de veces».

5. La carta no lleva fecha, pero está incluida en la caja de las pertenecientes al último trimestre de 1891. Posiblemente fuera escrita en el mes de noviembre, porque el 21 de octubre todavía se encontraba en París, a tenor de la fecha de la dedicatoria que figura en una fotografía que Verlaine regaló a Sawa (*cf.* Allen PHILLIPS, *Alejandro Sawa. Mito y realidad*, Madrid, Turner, 1976, p. 83). Fijo esta datación con ciertas reservas, pues contradice la afirmación de Iris M. Zavala, quien dice haber recabado de los Sres. López-Sawa las rachas de las esporádicas estancias de Alejandro en España, correspondiendo la primera al 28 de octubre de 1892, con una breve duración, hasta el 16 de noviembre de ese año («Estudio preliminar» a la ed. Alejandro SAWA, *Iluminaciones en la sombra*, Madrid, Alhambra, 1986, p. 34, n. 4). Sin embargo, el escritor señala en su carta que «hace un año, para poder vivir me vi provocado ha [*sic*] marchar a París», y sabemos que partió a la capital francesa en 1890 (así ZAVALA, *ibid.*, pero según A. Phillips, «hacia 1889 o 1890», *ibid.*, p. 61); en todo caso, ¿antes del 1 de mayo? de 1890, si aceptamos este otro testimonio de *Iluminaciones en la sombra* [Madrid, Biblioteca Renacimiento, 1910, p. 66]), con lo cual la fecha de 1891 no sería desacertada. Si tuvo efecto la petición del novelista ante Víctor Balaguer, poco debió de aliviar su desgraciada situación, pues en enero de 1892 ya se encontraba de nuevo en Francia (*cf.* E. GÓMEZ CARRILLO, *Almas y cerebros*, París, 1925, p. 184).

luego, su retorno a España, al cabo de un año, en que sigue sin sobreponerse a la miseria. «Estoy hace más de un mes undido en el lecho —confiesa— y lo que es aun más doloroso, luchando a la vez que con la enfermedad con la carencia de recursos». La siguiente misiva, de Enrique, resulta un precioso documento, como puede comprobarse por el siguiente párrafo: «¡Ay! Don Victor, yo no sé qué tengo que a mí me duele mucho el estómago [...] porque ¿a quién se le ocurre no haberse acostado en toda la noche ni haber comido en todo el día?» A continuación, con gesto modernista y para aliviar penas, añade al relato la guinda humorística de una graciosa anécdota, antes de despedirse, dándole un sablazo de cinco duros.

No es éste último el único que encubre su amargura bajo el disfraz esperpéntico. Existen más ejemplos expuestos con el mismo tono, como en el caso de Enrique Pérez Escrich, quien solicita a su benefactor una plaza de portero en San Bernardino, garantizándole que «procuraré recibir siempre con amable sonrisa y dulce entonación a los diputados, a los hombres de talla política y a todo el que se presente bien vestido; pero en cambio formularé un gruñido amenazador y le pondré un aspecto de buldoc [*sic*] encolerizado al que por su humildad y raído traje comprenda que viene a importunar, a pedirle algo a V.E.» (30-1-1886). O el de Alfonso Pérez Nieva, quien le escribe en coplas, donde encierra sus buenas razones: «me he casado hace ocho días, / mi dicha es grande y completa, / pero si alcancé alegrías / no me queda una peseta» (s.f. [comienzos de 1887]).

Fuera de esta clase de menudencias, el epistolario nos lega un generoso saldo de datos de orden literario: sobre Juegos Florales, en distintos lugares adonde Balaguer fue invitado (Valencia, Pontevedra, Reus y Zaragoza) o tuvo un cierto protagonismo (Barcelona);[6] menciones de trabajos y obras de creación, en curso o recién publicadas, por parte de unos y de otro; proyectos de variada índole, en especial de revistas en su fase de aparición, como *Pro Patria, Los Dos Mundos* o *El Debate*; colaboraciones sobre algunas de las ya existentes, y, sobre todo, un amplio haz de cuestiones concernientes a las literaturas regionales, muchas de ellas suscitadas a raíz del discurso que sobre el tema pronunció el escritor catalán en su Discurso de ingreso en la Real Academia Española el 25 de febrero de 1883.

Noticias que cabrían esperar sobre escritores de mayor fuste caídas al azar desde este flanco más modesto apenas existen.[7] Mencionaré, casi a título excep-

6. Ya que fue uno de los fundadores de sus primeros Juegos Florales (1859) y Presidente del Consistorio de los celebrados en 1868. Reunió sus discursos, que pronunció en Valencia (29 de julio de 1880), Granollers (4 de septiembre de 1882), Barcelona (6 de mayo de 1883), Pontevedra (12 de agosto de 1884), Reus (marzo de 1893) y Zaragoza (10 de octubre de 1894), en el volumen *Los Juegos Florales en España. Memorias y Discursos*, Barcelona, 1895 (t. XXXII de sus *OC*).

7. Con el título «Las literaturas regionales» (*cf. Discursos académicos y Memorias literarias*, t. VII de las *OC*, Madrid, Tello, 1885, pp. 157-208). Baste el siguiente párrafo, a título de muestra de

cional, la que figura en una carta sin fecha (probablemente de 1891), de Eduardo Benot, protector de los hermanos Machado, en que intercede a favor de Manuel Machado y de Enrique Paradas en los siguientes términos:

> Estos dos muchachos se llevaron sus libros a Barcelona, y allí han tenido tan buena aceptación que han logrado venderlos, y entrar en buenas relaciones con personas que han sabido apreciar a los autores por su imaginación y su cultura.
>
> Entre las personas que les han mostrado gran afecto, está el Sr. D. Manuel Planas,[8] quien les ofreció protección si llegaban los conservadores al poder, y hoy los dos poetas desean una recomendación para el Sr. Plana.[9]

Lo que más nos importa, en suma, en la relación de componentes de este primer lote son los breves registros biográficos que van aportando, para recuperarlos del olvido en el que al cabo de los años han venido a sumarse, junto a las indicaciones bibliográficas con que acompañan el anuncio de envío de un ejemplar de su última obra a la Biblioteca-Museo de Balaguer. Del grueso de la lista

---

su actitud moderada, equidistante entre los extremos del centralismo y del independentismo: «Si la unidad es uniformidad, fácilmente puede convertirse una nación de hombres libres en una nación de siervos, y el siervo no tiene más lengua que la de su amo ni más patria que el suelo pisado por las plantas de su señor.

Si la independencia es extrema libertad, ataca al derecho; y al atacar el derecho provoca la lucha, y la lucha es la guerra, la guerra civil, la mayor y más desastrosa de las guerras, el suicidio de la patria» (*ibid.*, p. 167).

8. Don Manuel Planas y Casals (1837-1907), jefe del partido conservador en Barcelona, era ese año Presidente de la Diputación provincial. Se le censuraba que aprovechaba su influencia para favorecer a los amigos.

9. En el caso de Enrique PARADAS sería *Agonías* (Madrid, 1891), su primer libro de versos, con prólogo de Sawa (¿Miguel, Manuel?; ya es hora de que se esclarezca el ramo familiar); el siguiente, *Undulaciones*, fue prologado por Manuel Machado (Madrid, Impr. «El Secretariado», 1892). Y en cuanto a Manuel, quizá un libro luego destruido, al que alude Juan Ramón Jiménez: «Manuel, a sus diecisiete años publicó otro que yo tenía y me lo robaron. Ellos procuraron destruir todos los ejemplares y nunca más quisieron acordarse de tales libros» (Ricardo GULLÓN, *Conversaciones con Juan Ramón Jiménez*, Madrid, Taurus, 1958, p. 57). El primero que consta en su bibliografía es *Tristes y alegres*, justo en colaboración con Enrique Paradas (Madrid, 1894), lo mismo que el siguiente, *Etcétera* (Barcelona, 1895), pues el suyo, propio, es *Alma. Poesías* (Madrid, 1902) (aunque, según Manuel Machado, apareció «a fines de 1900», fecha sobre la que no se ponen de acuerdo los críticos (*cf.* sobre esta cuestión, Gordon BROTHERSON, *Manuel Machado* [1968], Madrid, Taurus, 1976, p. 145). La carta, de todos modos, adelanta, de ser correcta la fecha de 1891, las relaciones entre Paradas y Manuel Machado, que datarían ya de un período anterior al de esta mutua colaboración poética y de la revista *La caricatura*, de la que Enrique era director (*cf.*, al respecto, además de Brotherson, cit., Aurora DE ALBORNOZ, «*La caricatura*», *Ínsula*, (enero-febrero, 1962) y Emilio Orozco Díaz, «Poesía juvenil y juventud poética en la obra de Manuel Machado», *Nuestro Tiempo* [16-10-1955], pp. 17-29). Por último, en cuanto al padrinazgo de Eduardo Benot, valgan, en principio, las referencias de Miguel PÉREZ FERRERO, en *Vida de Antonio Machado y Manuel*, Madrid, Espasa-Calpe (Austral, núm. 1135), 1952, pp. 41-44. Creo, de todos modos, que este capítulo biográfico está necesitado de una revisión.

cabría destacar a Ginés Alberola, Manuel Alhama, Manuel Angelón, Eduardo de Arévalo, Antonio Arnao, Vicente Barrantes, Guillermo Belmonte, Eusebio Blasco, Jerónimo Borao, Eva Canel, José María Carulla, Vicente Colorado, José Coll y Vehí, Juan Cortada, Lluís Domenech y Montaner, Leopoldo Eguilaz, Juan Bautista Enseñat, Jerónimo Forteza, Matías García Rey, Francisco Gras y Elías, Alejandro Guichot, Jacinto Labaila, Teodoro Llorente, Joseph Martí Folguera, Ramón Monner y Sans, Manuel Osorio y Bernard, Manuel del Palacio, Antonio Pirella, Manuel Polo y Peyrolon, Miguel Ramos Carrión, Faustina Saez de Melgar, Eugenio Sellés, María del Pilar Sinués, Frederich Soler, Francisco Tomás y Estruch y Luis Vega-Rey.

Además de todos estos ingredientes bio-bibliográficos, el epistolario arroja luz sobre la polémica cuestión de las literaturas regionales. Sabido es que don Víctor Balaguer fue uno de los más decididos impulsores de la Renaixensa durante el período isabelino y que a partir de la Restauración su posición política evolucionaría hacia actitudes más contemporizadoras con el aparato central del estado, lo cual le llevaría a una marginación por parte de los sectores nacionalistas más comprometidos que empezaron a consolidarse después del sexenio revolucionario. Por todo ello, la mayoría de los corresponsales que sacan a relucir el tema, tanto de dentro como de fuera del Principado, los vemos alineados en el frente moderado del político catalán. Entre ellos se encuentran Manuel Amor Meilán, director del diario gallego *El Regional*, quien le da a entender, por ejemplo, a su destinatario que la auténtica poesía regionalista es la que él ha practicado en sus tragedias y leyendas y no la de los «defensores de la pequeña patria» que «no saben otra cosa que poner en verso los discursos de Almirall o los libros de Murguia» (18-3-1894). Parecidas opiniones sostienen, sin salirnos del ámbito gallego, los eruditos locales Pérez Ballesteros, Martínez Salazar y Luis Rodríguez Seoane; en el valenciano, el periodista y traductor Teodoro Llorente, uno de los impulsores de la fraternidad entre los grupos de *Lo Rat-Penat* valenciano, la *Renaixensa* catalana y el felibrés provenzal, durante la década del 80; en el asturiano, el historiador regional y estudioso del bable Fermín Canella, cuya afinidad ideológica con Balaguer queda explícitamente señalada en este párrafo de su carta de despedida del año 1898: «Suena entre las reformas la nueva vida de la "región"; pero que sea a la manera que Vd. lo predicó siempre. En esa Escuela estoy yo». Igualmente los vascos Antonio de Trueba y Vicente de Arana, este último autor de leyendas de factura romántica, y protagonista, por cierto, de una sabrosa anécdota a propósito de su libro *Los últimos iberos*, publicado en 1882, el cual, a instancias del Ministerio de Fomento, pasó a informe de la Academia de la Historia, imaginando sus responsables que se trataba de un estudio sobre los antiguos pobladores peninsulares; o el zaragozano Faustino Sancho y Gil, aparte, por supuesto, de un cierto número de personalidades catalanas, con más relieve en la vida académica, institucional y cultural, que en la república de las letras.

Pondría colofón a esta sección del epistolario un sustancioso resto de noticias de muy variada índole referidas por personas más o menos estrechamente relacionadas con los círculos literarios, sea desde una posición política, como Castelar o Cánovas; desde el campo del periodismo, como Roca y Roca, Benicio Navarro, Miquel y Badia; de la crítica literaria, como Amador de los Ríos, Milà y Fontanals, José María Asensio, Emilio Cotarelo, Elías de Molins, el Padre Blanco García, o Ramón D. Parés; o desde otros medios artísticos, como Felipe Pedrell, Santiago Rusiñol o Apeles Mestres, en cuyas cartas, al margen de las fórmulas de compromiso, menudean los asuntos domésticos, a veces salpicados con comentarios en torno a los acontecimientos de su vida pública.

Conforme adelantaba al comienzo de esta comunicación, el lote más importante de todo el fondo lo componen unos dos centenares de cartas provenientes de varios de los escritores más notables de la centuria.

Dentro de la galería de los románticos tenemos a García Gutiérrez, Gertrudis Gómez de Avellaneda y José Zorrilla. Se conservan tres cartas del primero, dos de ellas cuajadas de sentidas manifestaciones a raíz de desgracias familiares. En la más patética, del 7 de abril de 1868, el dramaturgo muestra su penetración por la muerte de una nietecita, con estas palabras: «Esta niña que era mi encanto y el espejo en que yo me miraba, se ha llevado conmigo pedazos de mi vida, dejándome sólo amargos recuerdos, de los que me he hecho, sin embargo, casi una religión».

De las dos únicas epístolas existentes de Gómez de Avellaneda, la más interesante data del 10 de abril de 1855, incluida en un cartapacio de textos tempranos y no sujetos a una cronología. No va dirigida a Balaguer, sino al contador del teatro de la Cruz, y en ella reclama a Romea el pago de los derechos de autor por las representaciones del estreno de una obra suya, *Oráculos*,[10] a la vez que renuncia a los beneficios de los dos últimos días del cartel, «porque sé — añade— que hubo poquísima gente y que Romea la puso en escena esos días por darme gusto, más que por esperanza de ventaja suya». La poetisa parece descontenta con el trato recibido de la administración del teatro, donde se han celebrado también representaciones de otras obras suyas, de manera que se muestra firmemente decidida a romper el compromiso.

El lote de textos de Zorrilla es uno de los más ricos del repertorio. Suma un

10. *Oráculos de Talía o Los Duendes de palacio*, un drama histórico en verso. Fue representado en el teatro madrileño de la Cruz el 15 de marzo de 1855. En el Prólogo de la edición (Madrid, Impr. de José Rodríguez, 1855) la autora se queja de las censuras de los críticos, porque, según ellos, la obra «no tiene interés, ni caracteres, ni pensamiento filosófico, ni fin moral, ni invención», en tanto que el público le había dado «muestras de aprobación» y una «lisonjera acogida». Doña Gertrudis añade, por último, en su propio descargo: «... los distinguidos artistas, que han contribuido, no poco, con la perfección del desempeño, al brillante éxito que está obteniendo todavía al escribirse estas líneas, en cada una de las declaraciones no se correspondía con la realidad.

total de 11 cartas, fechadas en los últimos años de la vida del escritor; unas están escritas desde tierras catalanas y otras desde la corte, pero todas traslucen la grave preocupación económica que asedia al poeta en esos años de forzoso retiro, a la vez que ponen de manifiesto sus achaques de salud y la tremenda amargura de no recibir por parte de las instituciones y autoridades la ayuda que se esperaba. Sirvan, para el caso, estos elocuentes testimonios: «No tropieces —Ple indica a su amigo D. Víctor— con Núñez de Arce para nada: el orgullo le ha entontecido y la gloria le ha embriagado» (29-1-1885); «Campoamor es otro que tal» (*ibid.*). O de otro orden, la siguiente muestra de desaliento: «Lo mejor sería que discurrieras un modo de darme una comisión o motivos extraños para enviarme a Puerto Rico, a Filipinas, que me costeara el viaje y me mantuviera allí seis meses; que yo me encargaré de atrapar allí una de aquellas muertes que no quisieron de mí en México ni en La Habana, porque por lo visto no estaba entonces tan fácil de pelar como ahora, que me voy reblandeciendo como una breva» (23-11-1886).

De la nómina de escritores que adquieren relieve en el último tercio del siglo tenemos a Ruiz Aguilera, Francisco Giner de los Ríos, José María de Pereda, Juan Valera, Octavio Picón, Narcís Oller, Pompeyo Gener, Jacinto Verdaguer, Angel Guimerà, Emilia Pardo Bazán y Armando Palacio Valdés.

Hay tres cartas de Ruiz Aguilera, espaciadas en el tiempo, con noticias de crítica literaria, como es la preparación de una antología de escritores catalanes (27-9-1864) o la grata impresión que le ha producido la primera novela de Pardo Bazán, sobre la que promete una reseña para el diario *La Mañana* (2-5-1880).[11] Las misivas del fundador de la Institución Libre de Enseñanza tratan prioritariamente de asuntos educativos, y cuando no es así, obedecen al deseo de interceder en pro de alguna persona necesitada. Su admirable criterio pedagógico se pone de manifiesto, por ejemplo, en el detalle de pedir a su destinatario una relación de libros para que los alumnos de la Institución «formasen algún conocimiento exacto, aunque elemental, del desarrollo y nombres y obras capitales de la literatura lemosina y catalana» (27-2-[1883]).

De la serie epistolar que corresponde a los novelistas, uno de los lotes más interesante es el remitido por doña Emilia Pardo Bazán, en especial sus tres cartas más tempranas, de fecha de 1880, justo cuando la condesa iniciaba su andadura narrativa con *Pascual López*; se advierte en ellas la natural impaciencia por la suerte que va a correr la obra primeriza. A este documento se suman otros sabrosos detalles sobre las veladas literarias que doña Emilia gustaba de organizar en su domicilio, donde se daba lectura a textos de escritores preferidos, en tal caso, como dictaba la cortesía, a algunos de Balaguer. Valga por su particular expresividad la siguiente confesión: «En la última se leyó, o mejor di-

11. «Pascual López», *la Mañana de Madrid* (8 de mayo de 1880).

cho, leí, la *Ultima hora de Colón*.[12] Leíla con fuego: casi creo que la leí bien; y me interrumpían las exclamaciones del concurso, "¡qué versos! ¡qué cosa tan bella!" No crea que pongo ni quito un ápice a la verdad; advirtiendo a V. que este auditorio, compuesto de aficionados, es algo frío y difícil de entusiasmar» (1-6-[1879]). Imagino que el interesado quedaría muy complacido con tales halagos.

En otro lugar ya he tenido ocasión de aludir a alguna[13] de la serie de cartas, seis en total, que a don Víctor le dirige don José María de Pereda, y que constituyen una buena prueba de las cordiales relaciones que a lo largo de su vida mantuvo el novelista montañés con diversas personalidades del mundo catalán. Aquí se las cursa con motivo de su estancia en Barcelona, en las dos ocasiones que acudió a la capital, en 1884 y 1892, la última en calidad de mantenedor de los Juegos Florales de aquel año. Aparte de los pormenores biográficos que avalaron estos textos, se nos confirma una vez más, a través de la lectura de uno de ellos, el cuidado del autor cántabro por revisar personalmente la edición de sus *Obras completas*.

Dentro de esta relación de interlocutores de fuera de Cataluña, habría que citar, por último, a Jacinto Octavio Picón, de quien se conservan doce cartas, entre 1894 y 1899, todas ellas dictadas por el exclusivo afán de conseguir un sillón en la Academia, objetivo que, a la postre, llegó a obtener.

Las cartas de los escritores catalanes son, por lo general, las que aportan más valiosos datos sobre la vida literaria del momento, a veces no sólo la local por lo que atañe al asunto de las literaturas regionales, con declaraciones casi siempre impregnadas de un aliento nacionalista, sea desde una postura moderada o más extrema. Escapan a este sentimiento colectivo, por razones explicables, las remitidas desde París y Suiza por Pompeyo Gener, durante los años 1882 a 1884, quien se encuentra asediado en aquellas fechas por una serie de problemas que hacían precaria su estancia en el extranjero. En sus escritos detalla cuantas actividades está llevando a cabo para mejorar el intercambio cultural entre Francia y España, una crónica que reviste a menudo un tono apasionado, rayano de vez en cuando en el enojo, porque sus propuestas no encontraban eco a los oídos sordos de la administración. De otro talante resulta la correspondencia de narcís Oller, al hacer éste gala de una impecable corrección y tacto exquisito, en bien de una amistad duradera a lo largo de quince años y continuamente recordada, en ocasiones con párrafos muy calurosos, a modo del siguiente: «Recuerdo que el 67 o 68 veía a Ud. en "La Azucena" (así me parece se llamaba la librería y biblioteca pública que editaba *La Montaña de Montserrat*) y no puedo olvidar que miraba a Vd. tembloroso de admiración y respeto. Hoy no tiemblo porque soy hombre; pero siento todavía aquel respeto y la admiración misma que sentía entonces hacia el poeta que encendió mi imaginación, hacia el historiador que me descubrió la poesía y grandeza de nuestro pasado y que me enseñó con ello a amar a mi patria» (2-6-1885).

Mucho más tibias, a causa de las diferencias ideológicas que los separaban, son las siete cartas que a Balaguer le dirige Ángel Guimerá, alguna de ellas, incluso, rezumando una ironía que, sin duda, molestaría a la sensibilidad política de su corresponsal. Así, la que justifica su negativa a asistir a una velada literaria en honor de la infanta real, doña Isabel, con ocasión de los festejos de la Exposición Universal en 1888, «per no tenir cap travall literari escrit en la llengua castellana, i considerar que seria molestar a tant ilustre senyora al donarli lectura en una llengua que li sia desconeguda» (25-10-1888). No obstante, el prestigioso dramaturgo no le oculta a don Víctor en otros lugares el reconocimiento de su autoridad como patriarca de las letras catalanas, ni tampoco las divergencias mutuas le impiden acudir a su valimiento, cuando llega el caso, para sí mismo o para otras personas.

Completan esta serie siete cartas de Jacinto Verdaguer, donde el presbítero acude a su interlocutor para recabar su ayuda en bien de distintas personas aquejadas de cualquier apuro. Salpica estos escritos de circunstancias algún que otro pormenor digno de curiosidad, como cuando le recuerda que a través suyo conoció a Mistral y a Bonaparte, o cuando le comenta, en una misiva de febrero de 1884, que recientemente había estado ocupado con la conversión y enseñanza del catecismo a dos protestantes.

Retirado de la vida pública en los últimos años de su vida y carente de protagonismo literario, salvo el que le pudieran proporcionar los actos oficiales, Víctor Balaguer no mantuvo ningún contacto con la última promoción de escritores de la centuria, de modo que su epistolario se detiene en los umbrales de la literatura finisecular. Sólo figuran en él dos nombres a título casi excepcional, los de Manuel Reina y Salvador Rueda. Del primero existen ocho cartas, entre 1889 y 1898, sin relevancia alguna. Mayor interés ofrecen las de Rueda, en cuanto reflejan las solicitudes de quien procura a toda costa obtener una seguridad económica en la vida, aunque se redujera a un modesto destino en cualquier ministerio. La verdad es que lo logró, gracias a su mecenas, en el cuerpo de archiveros. Entonces le promete: «Ahora no tendré que hacer desembocar de mi pluma un río de poesías permanente. Dejaré los periódicos y me consagraré a varios poemas que requieren largo tiempo y quietud para su ejecución» (s.f. [1894]). Es la cara oculta y prosaica de la existencia del artista.